

Complejo de creación

Más allá del complejo de castración

Si repasamos los mitos occidentales, podemos reunir innumerables casos en los que la sexualidad, y principalmente lo relativo a la feminidad, resulta víctima de diversas censuras.

Algunos aspectos de la represión forman parte de lo esencial de la cultura. Otros, en cambio, parecen resultar de la herencia social que, si bien en algún tiempo pudieron tener algún valor constitutivo de las leyes, hoy se nos presentan como elementos plagados de prejuicio.

La prohibición del incesto parece ser uno de sus aspectos más indiscutidos como constituyentes de cultura. En cambio, el mito de la virginidad hasta el matrimonio, si bien en nuestros días resulta anacrónico, habría jugado como ritual que aseguraba que no se cometiera incesto dentro del clan y podía darse cuenta de esto con un testigo fuera de la familia, al momento de la boda. En nuestro siglo y en remolque, quizás, de aquella regla sagrada, surgen nuevas coyunturas: el intento de sostener la monogamia, que vuelve indeseables los impulsos sexuales que atentan contra la pareja propia y ajena; el horror frente a la homosexualidad, la evitación del divorcio que, recordemos, en nuestro país y hace sólo unas décadas, fue tema protagónico de los debates más acalorados.

¿Le tememos a la creación?

Más allá de los recatos conocidos alrededor del tema, es posible pesquisar otras motivaciones que impulsaron al hombre civilizado a horripilar de todo lo relacionado con la sexualidad y con el acto reproductivo en sí.

Por empezar, la palabra "*reproducción*", en el ser humano, adolece de cierta incompetencia. El nacimiento de una persona no implica la reproducción de una especie, sino la creación completa y misteriosa de otro ser, capaz de dar a luz innumerables creaciones, ya sean creaciones artísticas, técnicas, revoluciones u otros hijos que continuarían la descendencia. Incluso la palabra "concepción" (con su correlato cuando se habla de "métodos anticonceptivos") resulta insuficiente si queremos mensurar la aparición de un ser humano nuevo en este planeta, un ser intrincado, indescifrable y creador.

Sin embargo, existen algunos tabúes que invitan a pensar que la sociedad humana se ha empeñado en aplicarle un carácter pecaminoso, doloroso y, en el mejor de los casos, *sacrificado* al hecho de crear a un ser humano. Extraño sacrificio resultaría ya que se trata, como diría Nietzsche, de *crear una rueda que gire espontáneamente, crear a un creador*.

Existen expresiones cotidianas que parecen destinadas a desalentar a la creación en todas sus funciones. El *con dolor parirás tus hijos* es una muestra de lo que, además de un castigo, parece funcionar como una advertencia sobre las consecuencias dolorosas del hecho de crear. El mito de que los artistas tienden a volverse locos aún circula en el sentido común, quizás como una versión simbólica de la misma advertencia bíblica mencionada.

Participación del Psicoanálisis

Permítanme afirmar, como observación personal, que el Psicoanálisis, lejos de revelarse contra este tabú, parece continuarlo en algunas escuelas que se

esmeran en insistir acerca del *trauma del nacimiento* y nada refieren acerca del *deleite* del nacimiento. Si existe tal cosa, nadie, ningún pensador, se ocupó de acercarse al tema.

Ni hablar de la afamada “envidia al pene”, fórmula muy conveniente en una sociedad como la que engendró el artículo *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (Freud – 1925). Es curioso, aunque no tanto en un marco viciado de machismo, que hayan omitido el hecho de que en casi todas las culturas, fueron las mujeres y no los hombres las que sufrieron las peores postergaciones y tormentos. Pareciera que ningún tratado se detuvo a interpretar este tratamiento hacia la mujer como un signo de evidente envidia a lo que la mujer representa para el inconsciente, es decir, **la fuente de creación por excelencia**.

Supongamos, por un momento, que más allá de la conciencia de sí que puede tener un embrión (materia que en verdad excede a este artículo), exista un sentimiento, una vivencia especial y, por qué no, extasiante en el hecho de *estar siendo creado*, de estar en pleno proceso de aparición en el vientre materno. De existir este sentimiento, es posible que también deje sus huellas mnémicas con sus concomitantes evidencias a lo largo de la vida, luego de nacer.

Me refiero al sentimiento de estar siendo creado por algo o por alguien. Desde luego que un recién nacido no tiene noción de *yo* o de *no-yo*, y por lo tanto no puede adjudicar a nadie como responsable de su propia creación. Pero si el arquetipo precede al nacimiento, bien podría existir un complejo relativo a ser creado, un *Complejo de creación* que durante toda la vida persista como la necesidad de dirigirse al creador de una u otra manera.

¿Odiamos a Dios?

No siempre los sentimientos hacia aquello a lo que otorgamos el carácter de creador serán tiernos o amorosos. En ocasiones veremos ataques, desafíos o franca envidia descargada. Un ejemplo de tales impulsos hostiles podemos observar en el mito de la Torre de Babel. La construcción real de esta torre se supone que data del 1700 AC, y fue reconstruida alrededor del 600 AC. El libro del Génesis nos advierte acerca de las consecuencias de querer alcanzar el cielo (¿la verdad revelada? ¿el mundo de las ideas de Platón? ¿competir con el poder de Dios?).

Pero el Señor bajó para observar la ciudad y la torre que los hombres estaban construyendo, y se dijo: «Todos forman un solo pueblo y hablan un solo idioma; esto es sólo el comienzo de sus obras, y todo lo que se propongan lo podrán lograr. Será mejor que bajemos a confundir su idioma, para que ya no se entiendan entre ellos mismos.» (Génesis, 11-5)

Por cierto, casi parece una representación icónica acerca del debate entre los nominalistas y racionalistas, aquello acerca de si las ideas hacen a las palabras o si, a la inversa, las palabras crean y dan sentido a la realidad. En otros términos, parece que este mito hubiera dejado por escrito la voluntad del hombre de parecerse y desafiar a su creador, sumado a la advertencia de que algo malo sucederá si te dispones a competir con tu dios en lugar de disponerte a crear.

Elementos como el femicidio o el machismo (presente en casi todas las culturas) podrían ser consideradas también como residuos de este ensañamiento contra el creador. Si bien la creación de un ser humano implica

mucho más que la presencia de una mujer, ésta parece ser el elemento que más directamente nos vincula con la memoria de ser creados y en cuya persona deben recaer algunos de nuestros impulsos hostiles contra el creador. Más aún, así como los tótems (o el miembro viril) fueron interpretados por el psicoanálisis como un subrogado del falo, podemos interpretar al falo como un subrogado, a su vez, del entorno creador; en los hechos fácticos, el útero materno.

Por otra parte, este *estar siendo creado* de la vida intrauterina, no sólo debería generar hostilidad hacia el creador, sino también sentimientos tiernos y amorosos. El viejo testamento parece insistir más bien en la imagen de un padre severo y presto al castigo, mientras que el nuevo testamento subraya el carácter piadoso del dios todopoderoso. En lo que refiere a nuestra experiencia cultural, muchos pensadores o creadores han sido perseguidos y venerados a la vez. Se habla del creador del psicoanálisis, del creador del surrealismo, etc. Todos estos personajes que representan la capacidad de crear generan en su entorno sentimientos hostiles a la vez que un eterno agradecimiento y admiración.

Ahora bien; supongamos que la misma experiencia de *estar siendo creado* deje en nuestra memoria inconsciente la idea de una misión propia de todo ser creado:

"eres un ser creado, eres un creador, crearás al fin".

En ese caso, la actividad creadora de un ser humano sería el momento culminante de su existencia, el momento en el que puede acercarse a la vivencia intrauterina, ya que toda creación de un sujeto supone una creación de sí mismo. El acto creador supone una transformación del sujeto creador y, por lo tanto, un proceso creador de su propio universo psíquico. Entonces el placer que dicen disfrutar algunos artistas frente a la actividad creadora puede

ser entendido como un correlato de aquel momento en el que éramos pura creación, puro ensamble y reproducción celular para generar nuevos tejidos, nuevos sistemas orgánicos que dan lugar a la existencia. Hasta puede sospecharse la posibilidad de una adicción a este sentimiento en los casos que algunos llaman "fiebre creativa". ¿Cómo no desarrollar una compulsión frente a una actividad que nos inflama de aquella sensación primitiva, la más plena que un sujeto pueda atravesar?

Una sensación similar a la que experimentamos durante el acto creador podemos encontrarla durante el estado de enamoramiento. Los griegos afirmaban que los profetas, los poetas y los enamorados compartían la propiedad de estar poseídos por un dios. La palabra *entusiasmo* tiene su origen en esta creencia; en efecto, la palabra posee la preposición *en*, el sustantivo *theós* 'dios', y a modo de circunstancial, el final de la palabra indica que la divinidad se encuentra dentro de sí, generando un movimiento (*sismo*). La traducción completa de la palabra entusiasmo sería *con un dios dentro, o movido por un dios dentro de sí*. Digamos que el vocablo indica que existe una vivencia de éxtasis que proviene del universo interno de un sujeto y no de una experiencia adquirida por una situación externa, y que en todos los casos implica un acto creador que genera cierta vivencia de plenitud.

Creación en la vida cotidiana

Entonces surge una pregunta: ¿por qué existen tan pocos actos creadores, en nuestra vida cotidiana?

Admitamos que existen innumerables fuerzas que funcionan en el sentido contrario a la creación, a la originalidad y a la imaginación creativa. Hablamos de la pereza, la inercia, la necesidad de logros adquisitivos, la autocrítica que, de la mano de un yo inmaduro que necesita permanente aprobación del

Superyó, se encuentra siempre dispuesta a demostrarnos que lo que hacemos no es tan bueno, ni tan original, o en todo caso no le servirá a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. La dilación que observo en algunas personas analizadas a la hora de iniciar sus actividades creadoras (se trate de estudio, proyectos, incluso toma de decisiones o posicionamientos dentro de un grupo) parece impulsada por diversas entidades psíquicas dispuestas a obstaculizar la creación. Frases como "no tuve tiempo", "lo empecé pero no me gustó cómo quedaba", "creo que no es lo mío", "no creo que cambie mi situación por dedicarme a estas cosas", son comunes a la hora de escuchar los obstáculos que llevan a un ser humano a tomar el camino patológico pero tremendamente cómodo que es la neurosis. Las contradicciones internas existen y existirán siempre, sólo que la neurosis resuelve algunos de estos conflictos con soluciones patológicas como las fobias, los miedos, las inhibiciones en general.

Por otra parte, una sociedad basada en el consumo, echa mano a esta tendencia del psiquismo que atenta contra la creación. El sujeto humano tiende a pensar que sus necesidades se refieren sólo a sustancias u objetos que provienen del exterior, se trate de alimentos, objetos sexuales o confort. Por lo tanto tenderá a pensar que las principales fuentes de placer (o mejor sería decir, las únicas) sólo puede ofrecérselas el entorno, es decir, el mercado.

La publicidad conoce muy bien esta vivencia de insatisfacción permanente que los psicoanalistas llamamos *falta* y que una y otra vez intentamos mitigar con objetos de consumo. Cada llamado a adquirir un producto o servicio es una promesa de que esa falta será cancelada cuando logremos comprar lo que nos ofrecen; la promesa sugiere que ese vacío quedará vaciado inmediatamente y podremos sentirnos plenos.

De más está decir que esta promesa jamás se cumple, más que por un breve lapso ilusorio.

En algunos autores encontramos afirmaciones tendientes a sugerirnos que la falta es endémica y que, como decía Lacan, *el objeto está perdido*, para siempre. Desde cierta interpretación (reduccionista a mi criterio), no importa si se trata de un objeto adquirido o un amor consagrado en la intimidad, siempre volveremos al punto cero en donde nos muerde la angustia de ser castrados, faltantes, incompletos.

Falta poco

Propongo otro modo de comprender la vivencia de *falta*.

Se trata de comprenderla como una invitación a crear.

Tal invitación implica, como ya queda expresado, una batalla contra innumerables fuerzas psíquicas destinadas a convencernos de que la creación significa una pérdida de tiempo, cuando no un atentado contra la realización personal (ironías del inconsciente).

La angustia del artista, del creador, del educador, de aquel que posee un entusiasmo aplicado a un aspecto de la vida, es recompensada por el éxtasis de la actividad creadora. Y todo parece suceder al mismo tiempo.

Obviamente, si esperamos que luego de escribir un poema se acabe de una vez y para siempre nuestra angustia existencial estamos exigiendo a la sublimación una propiedad que no le pertenece. Porque la creación es una insistencia permanente del alma humana y por lo tanto nunca se verá agotada, lo que no implica que el objeto esté perdido, sino simplemente que no se encuentra en el plano de las adquisiciones sino en el del abrazo a la creación, a la criatura, a los objetos creados; incluso a la disposición a amar y sublimar el amor en los vínculos. Después de todo, sublimar significa "hacer visible lo

invisible", o como diría Habermas: *belleza es espiritualidad en la materialidad*. Y ya nos advertía Hegel que la única forma de liberar al esclavo es a través del trabajo, de la creación de objetos o técnicas que no se agoten en su utilización.

En otras palabras, la falta puede resultar dolorosa, pero no es una vivencia necesariamente agónica e irresoluble, como intentan presentarla algunos autores (excedidos de ateísmo, de nuevo, a mi criterio).

En todo caso esto puede ser cierto mientras dure nuestra vida cotidiana como neuróticos.

Pero la neurosis es todo aquello que hacemos hasta que nos disponemos a crear.